



tillo, presidente de la Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes; don Manuel María Escudero Rueda, procurador familiar por Gulpúzcoa, y don Joaquín Viola Sauret, procurador familiar por Lérida. El público estaba formado por una gama cromática mucho más amplia, según hubo ocasión de comprobar durante el coloquio. Había mucho «inside». Por ejemplo, antes de dar comienzo el acto, cuando la gente no había entrado aún y paseaba por la galería, un nutrido grupo de «allérgicos provisionales» ocupó las primeras filas. Pero había también mucho «outside», situado preferentemente al fondo de la sala, como se puso de relieve por los aplausos y gritos que en aquel sector acogían las palabras más inconformistas que se pronunciaban en la tribuna.

UNA FRUSTRACION DEFINITIVA

Habló en primer lugar don Alberto Ballarín, iniciando su intervención con una frase brillante: «Espero que de este Anteproyecto de Asociaciones de Acción Política salga un texto definitivo. De otro modo, nuestra frustración sería también definitiva». El joven y bien parecido notario de Madrid, que vestía un terno azul de entretempo, afirmó que, como consecuencia de no existir cauces asociativos adecuados, la política española padece del mal de lo que llamó «el grupismo». Mencionó algunos de los grupos que habían participado en el poder en nuestra época: Falange, Asociación de Propagandistas, Tradicionalistas, Opus Dei (con la necesaria aclaración de que sus miembros que hacen política lo hacen por su cuenta y riesgo («Hijos míos, sois libérrimos»). La alusión a los tradicionalistas suscitó en la mesa la primera dis-

crepancia de la noche. El procurador carlista señor Escudero dijo después que los tradicionalistas no tenían la impresión de haber participado en el poder.

El señor Ballarín siguió diciendo que el asociacionismo haría posible que los españoles supieran a qué ideologías pertenecen los hombres públicos, y entonces fue cuando lanzó el «slogan» goethiano que, a su juicio, debe ser el lema de la futura legislación de asociaciones: «De la oscuridad hacia la luz». Hubo murmullos de aprobación en la sala que no hicieron más que crecer cuando don Alberto añadió que era absolutamente necesario incorporar al esquema político un socialismo democrático. «España no puede integrarse en Europa sin el socialismo», afirmó. Terminó diciendo que el anteproyecto que ahora se presenta sólo podrá ser útil con importantes modificaciones: eliminación de los llamados «consejeros garantes», ampliación de los fines de las asociaciones al campo electoral y político, lo cual se niega en el anteproyecto, con la posibilidad de utilizar los medios de comunicación y establecimiento de un sistema de recursos jurisdiccionales contra las decisiones de los órganos del Movimiento.

EL MAXIMALISMO ES REACCIONARIO

«Si en España hubiera una auténtica democracia orgánica —dijo don Manuel Cantarero— no habría por qué hablar de asociaciones políticas. Al plantearlo, lo único que se hace es reconocer que no se ha llegado espontáneamente a esa democracia orgánica o democrática orgánica. Tras historiar el concepto de democracia orgánica en Hegel, Vázquez de Mella, Fernando de los Ríos y Madariaga, el promotor de la asociación que se llama

«Reforma Social» (la propuesta por Ballarín se llamaría «Democracia Social») afirmó que existe un miedo supersticioso a los partidos políticos y que este miedo debe ser rechazado. «Lo que fracasó en 1931-36 no fue la República, sino la Democracia Liberal», dijo, añadiendo que para superar los factores psicológicos que amenazan las libertades políticas hay que crear una corriente de reconciliación y encuadrarse políticamente en función de futuro. Pretender un futuro logrado por la vía revolucionaria significa envejecer en la espera. «No se pueden pedir peras al olmo», dijo Cantarero. En vez de citar a Goethe como su compañero en la tribuna, don Manuel citó a Jaurés en su célebre frase: «El maximalismo revolucionario es reaccionario en sus consecuencias». Criticó después el anteproyecto, por las mismas razones que Ballarín, añadiendo que el peor defecto que tenía era que no se concedía a las futuras asociaciones la reserva del derecho de admisión, de forma que podían entrar en ellas en cualquier momento «comandos» ideológicos contrarios, mediante los cuales se podía destruir la asociación desde dentro.

LA MANIA DEL FUTBOL DEFENSIVO

Don Manuel Escudero relató con emocionadas palabras la impresión que le había producido presenciar en Francia la entrevista televisada entre Garaudy y el cardenal Danielou. «Sentí envidia pensando que esto no sería posible en España». Hablando del anteproyecto, dijo que había sido concedido a la defensiva. «La participación popular en él es nula o casi nula», afirmó, arrancando aplausos del público. «Yo he aceptado los Principios Fundamentales del Movimiento —conti-

nuó—, pero no quiero que no los interpreten, y niego que las Leyes Fundamentales tengan el monopolio de interpretación de los Principios. De otro modo, ¿para qué sirven las asociaciones? Hay españoles que no aceptan los Principios del Movimiento y otros que los interpretan diferentemente. ¿Qué va a hacerse con esos españoles?». (Más aplausos.) Criticó, partiendo de los principios foralistas del Carlismo, los excesos del centralismo administrativo, y contó el caso de un ayuntamiento de cincuenta mil habitantes que tuvo que pedir permiso al gobernador civil para construir un establecimiento de duchas. Terminó, con frase feliz, afirmando que el anteproyecto está lleno de cautelas y defensas, «a lo fútbol moderno».

MATICES PERO NO COLORES

El procurador por Lérida, señor Viola, se mostró el más conservador de los cuatro oradores. «Soy más viejo y me confieso posibilista. He pasado por circunstancias difíciles y sé que hay que sacar partido de todo para conseguir una mayor apertura. Tenemos un anteproyecto y hemos de estudiarlo. Las líneas generales del sistema no pueden ser vulnerables y hay que aceptar que un pueblo no puede alcanzar su mayoría de edad más que con el tiempo. En el anteproyecto se prevé «una lucha de matices y no una lucha de colores».

Al terminar el señor Viola su exposición, empezó el coloquio. Hubo varias intervenciones dignas de ser tenidas en cuenta. Las dimensiones del salón obligan a que los intervinientes acudan a un micrófono situado a uno de los lados de la mesa. Uno de los que se levantaron, por ejemplo, era un señor, ya entrado en años, que empezó a hacer un largo discurso incomprensible, durante el cual habló de Dios y de la Virgen. El moderador le interrumpió, pero él siguió imperturbado. Al terminar, y sin que nadie hubiera entendido ni una palabra de lo que dijo, se volvió a su sitio con la cabeza baja y las manos recogidas sobre el pecho como quien vuelve de recibir la Comunión. Otro de los que tomaron la palabra preguntó al señor Viola cuánto tiempo le parecía a él que España tardaría en conseguir la mayoría de edad y en tener una vida política real. El señor Viola, ante el disgusto de los asistentes, dijo que, a su juicio, ya existe una vida política real. Pero la intervención más notoria de las que se registraron fue la de un señor que atacó a Ballarín por haber dicho que era necesario reconocer al partido socialista y no haber pedido, en cambio, que se reconociera al partido comunista. Lo dijo con una pasión tan encendida que electrizó a los asistentes. Habló de «mil quinientos millones de comunistas» en todo el mundo y dijo que «tienen derecho a ser escuchados». Ballarín soltó una frase de las suyas, elevando la voz por encima de lo normal: «Yo recomendaré que se reconozca al partido comunista el día que en la Unión Soviética me dejen constituir la democracia cristiana». En este punto empezó la bronca. Cantarero del Castillo intervino para decir que él no sentía repugnancia por el partido comunista, pero que reconocerlo era hacerle el juego a la burguesía. «Los burgueses se asustan con estas cosas», dijo. Los «inside» de las primeras filas se inquietaron y empezaron a gritar. Desde el fondo de la sala llegaron voces contestatorias. El señor Viola, posibilista de los matices y enemigo de los colores, hacía un gesto como diciendo: «Hay que ver las cosas que se oyen en Madrid!». Era la primera vez que intervenía en un coloquio en la capital y no sabía bien en qué país se encontraba. Debía ahorrar la tranquilidad atmosférica de Lérida en aquel momento. Alguien más dijo algo, pero ya no se oyó. La gente salió de la sala en parte cabreada y en parte muerta de risa. Yo pensé en los pobres españoles de «provincias». ■ LUIS CARANDELL.